

Como era natural, la corte se dividió, y unos siguieron el partido de D. Juan y otros el del padre Nitardo.

Las damas tomaron tambien parte, y las que seguian á D. Juan de Austria, llamáronse austriacas, y las otras se apellidaron nitardinas.

En los vestidos, en las alhajas, en los peinados, en todo se estableció aquella division, y cada femenil adorno se convirtió en un distintivo de opinion.

La corte era un revuelto mar de intrigas, en el que no faltaban tenebrosas maquinaciones, ni crímenes, mas ó menos conocidos.

La reina, decidida por su confesor, aborrecia á D. Juan de Austria y detestaba á sus partidarios.

Era uno de los dias de mayor efervescencia.

En un aposento inmediato al que ocupaba la reina, conversaban sabrosamente dos de las damas de palacio.

Era una de ellas alemana; sus cabellos lacios y rubios, y sus ojos con el azul del cielo, daban en su fisonomía un aire encantador de dulzura: aquella mujer jóven y bella era el tipo de la hermosura de la raza sajona.

La otra, tambien jóven, tambien hermosa, con su cabello castaño, y sus ojos pardos y ardientes, revelaba en sus facciones el atrevimiento, la audacia, y era una belleza de la raza latina.

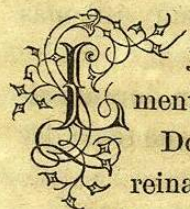
Las dos llevaban adornos verdes, y toguillas y pendientes de esmeraldas, como señal de que pertenecian al partido del confesor de la reina, es decir, que eran *nitardinas*.

—¡Pero es posible, Doña Laura—decia la alemana—que hallais entregado ya vuestro corazon siendo aun tan jóven?

—Doña Eugenia—contestó la otra dama—conozco que voy á comenzar á sufrir pero amo á ese hombre.

II.

En que el lector sabe quienes eran las austriacas y quienes las *nitardinas*.



A corte de Doña María Ana de Austria, regente del reino de España, estaba profundamente dividida.

Dos personajes, se disputaban el influjo de la reina en la direccion de los negocios públicos. En cuanto al amor de los pueblos, era cosa en que se pensaba entonces muy poco.

Estos dos personajes, enemigos naturalmente irreconciliables uno de otro, eran el padre Juan Everardo Nidhart ó Nitardo, austriaco de nacimiento, jesuita y confesor de la reina desde su niñez, y D. Juan de Austria, hijo natural del difunto rey Felipe IV, gran prior de Castilla, y jeneralísimo que habia sido de los ejércitos durante la vida del rey su padre.

La lucha entre aquellos dos hombres era terrible; pero D. Juan de Austria no habia podido vencer la influencia de su rival y se habia retirado á Consuegra residencia del gran prior de Castilla, acestando desde allí sus tiros al jesuita, y animando á los nobles que por él trabajaban.

—¿Y sabeis ya sus cualidades?

—Sí, D^a Eufemia, es caballero aragonés.....

—¿Y se llama?

—Su nombre va quizá á escandalizaros, pero os lo quiero decir á vos sola, sola, y suplicándoos me guardei el mas profundo secreto, nadie sino vos lo sabe en palacio, ¡ah! si llegara á saberse, todos me perseguirian.

—¿Es acaso un malvado? me haceis temblar.

—No, D^a Eujenia, es. . . . D. José de Mallades.

—¡Dios nos asista! D. José de Mallades, el mas furioso partidario de el de Austria, su agente, el hombre á quien mas aborrece en Madrid el padre Nitardo. . . .

—¡El mismo, el mismo! ¿Es verdad, D^a Eujenia, que soy digna de compasion?

—¡Oh! mucha compasion mereceis, porque esos amores os van á costar muchas lágrimas, D. José de Mallades trabaja incesantemente á favor de D. Juan de Austria, y si por una desgracia, y vos misma lo habeis oido, llegara á descubrirse algo, S. M. ha jurado que le hará dar garrote.

—Por Dios no digais eso—esclamó espantada D^a Laura tapando con su mano la boca de su amiga—no digais eso, porque la noche que escuché esa sentencia de la boca de S. M. creí morirme.

—Pero contadme, D^a Laura, ¿dónde habeis visto á ese caballero? cómo os ha hablado?

—Oidme, pero por Dios no me descubrais, por que seria yo perdida:—ya sabeis que quizá por causa de sus mismos proyectos, D. José, no se ha retirado de palacio como casi todos los partidarios del príncipe D. Juan: una tarde estaba yo asomada á una de las ventanas, y ví pasar debajo de ella á un caballero tan galan, tan apuesto, que me sentí,

sin saber por qué atraida por él—alzó el rostro no sé si por casualidad ó porque yo hice ruido, y me miró, y apesar de que tenia yo los adornos y los colores de las nitardinas, y el vestia los del príncipe, su mirada fué tan dulce, que no me atreví á retirarme.

—Ese fué el mal.

—D^a Eujenia, no me culpeis, quizá en mi caso hubiérais hecho lo mismo, él se alejaba volviendo continuamente el rostro, y yo ni me quitaba de la ventana, ni dejaba yo de mirarle.

—Estábais ya perdida.

—Lo comprendí, y sin embargo, al siguiente dia, volví al mismo lugar y á la misma hora para ver si pasaba, y el volví tambien, sin duda para ver si yo me asomaba, así pasaron varios dias.

—¿Y luego?

—Luego me envió una esquela.

—¿Una esquela? ¿y qué os decia en ella?—preguntó con alegría D^a Eujenia.

—¡Oh! cosas muy bellas, me llamaba su sol, su aliento, su vida, me juraba amarme eternamente.

—Debe ser muy dulce ser amada, y recibir una esquela así!

—Es la felicidad, es la vida, ¿nunca habeis amado?

—Nunca; desde niña estoy al lado de S. M. y no he amado nunca.

—Yo no habia amado hasta hoy, y os aseguro que se siente otra vida, una existencia nueva, el corazon se ensancha, y durante el dia, el pensamiento está ocupado en el objeto de nuestro amor, y durante la noche los sueños nos traen su imájen, y su voz, y ya no hay ni un vacio en el co-

razon, ni un momento de fastidio en la existencia: os quiero, D^a Eujenia, como á mi mejor amiga, y por eso os deseo un galan como vos lo mereceis.

—Pero ¿no os entristece pensar en que ese vuestro caballero pertenece á los partidarios del príncipe?

—Sí, esa idea me hace temblar; pero la dulzura de su cariño me hace olvidar todos los peligros que nos amenazan; que me ame, como yo le amo, y aunque me cueste la vida esta pasion.

D^a Eujenia miró dulcemente á su amiga, y sonrió.

—Yo quisiera—continuó Laura—que Mallades, abandonara el partido del príncipe, y deseo tener tal influencia en su corazon, que pudiera decidirlo á ello; pero cuando pienso en esto, me ocurre que quizá lo verian sus amigos y sus adversarios con desprecio, y entonces me parece mejor que sufra la suerte que Dios quiera enviarle.

—¿Y si fuera la muerte?

—Mirad, D^a Eujenia, la muerte de ese hombre seria quizá mi muerte; pero le amo tanto, que preferiria verle morir y perderle para siempre, á tenerle á mi lado sin honra y despojado de esa aureola de gloria que hoy le rodea.

—¿Qué decís?

—Si vos no sabeis lo que es amar, D^a Eujenia, vos no comprendeis aún esa terrible lucha del corazon: D. José de Mallades, sosteniendo en la corte con valor y con osadía la bandera del príncipe, combatido por todas partes, espuesto á todos los peligros; pero firme, sereno y arrogante á presencia de la muerte que le amenaza, es para mí mas grande, mas noble, mas hermoso, que si libre y tranquilo me ofreciera un amor escento de sobresaltos y temores.

—¡Oh! yo no soy de vuestra opinion, D^a Laura, yo mori-

ria de pena, si llegase á amar á un hombre como D. José; porque no viviria tranquila ni un instante, porque creeria que ese hombre me olvidaba en medio de sus aventuradas empresas....

—No, D^a Eujenia, pensaríais que érais vos la que le alentaba, y que en vos ponía su pensamiento en un momento de peligro.

—D^a Laura—mi carácter pacífico—no me hace digna de ser la señora, de los pensamientos de un caballero andante, os lo confieso, soy capaz de amar con dulzura y con tranquilidad.

—Y yo, adoro á D. José de Mallades por su valor y su audacia.

D^a Eujenia miró con admiracion á su amiga; aquel arranque de pasion, le parecia una locura.

—Perdonadme si os dejo—esclamó D^a Laura—pero es la hora en que pasa D. José, y no quisiera por nada dejar de verle.

—Id, D^a Laura, y que seais tan feliz como yo, le pido á Dios.

Las dos jóvenes se estrecharon las manos con efusion; D^a Laura desapareció por una de las puertas.

Casi en el mismo momento en que D^a Laura salia, por el otro lado de la estancia aparecia el padre Nitardo.

D^a Eujenia se levantó, y adelantándose á su encuentro, le besó respetuosamente la mano.

—¿Estás sola? dijo el jesuita en aleman.

—Sí, señor—contestó D^a Eujenia, en el mismo idioma—D^a Laura, acaba de salir en este momento.

—Bien, hija mia; ¿qué hay de nuevo por acá, has hablado con Su Majestad?

—Sí, señor—en la mañana de hoy he asistido á su tocador, y como las damas que allí estaban eran todas españolas, S. M. me habló en nuestro idioma.

—¿Y qué te dijo, hija mia?

—Lo de siempre: S. M. está triste; comprende la enemistad que os tienen estos nobles, y conoce que están orgullosos, porque cuentan con el príncipe D. Juan de Austria. . . .

—Sí—dijo el jesuita con profundo desden— el hijo de la Calderona.

—Pero S. M. me dijo—que antes consentiría perder el reino, que en abandonar á su confesor,—á su único y verdadero amigo.

—Oye, hija: esta tarde deberé anunciar á S. M. que los franceses intentan sériamente apoderarse del Bravante, y debo yo proponerle que por la Coruña se envíen refuerzos al mando del príncipe D. Juan, porque me importa sacarle de su madriguera de Consuegra y alejarle de Madrid lo mas que se pueda: yo sé que sus partidarios, procuran hacerle creer á la reina, que solo llamando á D. Juan al consejo, podrá disiparse esa tempestad que se agrupa por el lado de los Países-Bajos: es llegado el momento de luchar: la reina se verá atribulada por sus consejeros, el de Aytona y el de Peñaranda son partidarios del príncipe, el Cardenal de Aragon me aborrece porque S. M. me nombró inquisidor mayor, cuando él debia serlo; tú y yo tenemos necesidad de luchar con ellos, y los venceremos, por que tú, hija mia, y yo tenemos toda la confianza y todo el cariño de S. M.

—Creo que no debemos dudar del éxito: además, contamos con buenos amigos y numerosos partidarios.

—Ayer he hecho una soberbia adquisicion.

—¿Alguno de los duques?

—Mejor que eso: es un jóven hidalgo, pobre, y desconocido, se llama D. Fernando de Valenzuela, pero es el hombre que me conviene: jóven y valiente, lucirá entre toda la nobleza, hermoso como un Adónis, será la ilusion de muchas damas, y sobre todo, dotado de un talento clarísimo va á ser para mí, un secretario particular, que dentro de muy poco tiempo podrán envidiarme todos los grandes ministros de Europa.

—Os doy el parabien, señor; ¿vais á presentarle en la corte?

—No, yo no, en la corte se presentará, pero no seré yo quien le presente; quiero que esto se haga, por conducto de una persona que no inspire desconfianzas á los partidarios de D. Juan; para todos debe ser un secreto el que ese jóven es mi protegido; solo así podrá serme útil.

—Comprendo, señor.

—Va ha presentarse la crisis, y es preciso esperarla bien prevenidos: la suma confianza podria perdernos.

—Es verdad, señor.

—Bien, hija mia; no olvides lo que te he dicho, y esta noche te volveré á ver.

El padre Nitardo tendió su mano á D^a Eujenia que se la besó humildemente, y entró en los aposentos de Su Majestad.